Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 16 (1989)
Heft: 4

Rubrik: Extranjeros escriben sobre Suiza : miradas sobre Suiza

Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 10.07.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

Extranjeros escriben sobre Suiza

Miradas sobre Suiza

En el presente «Foro», cinco autores originarios de cinco países diferentes escriben sobre Suiza. Se trata de artículos muy distintos —tanto en cuanto al fondo como a la forma— que, por otra parte, fueron también escritos en diferentes ocasiones. Es precisamente esto lo que les da, así nos parece, un interés particular.

La elección de los autores no fue hecha al azar. Debe interesarnos saber lo que un periodista —o sea un «artesano de la opinión»— del Tercer Mundo piensa de nuestro país. O cómo, jefes de redacción de un país de la Comunidad Europea (CE) y de un país neutral deseoso de adherir a la CE juzgan la situación de Suiza frente al proceso de integración europea. Tampoco dejará a nadie indiferente la imagen que se hace de Suiza un escritor proveniente de un país en el cual reside alrededor de la cuarta parte de los suizos y suizas del extranjero. Es también particularmente interesante la mirada sobre nuestro país de un redactor extranjero originario de un país del Este que se encuentra en pleno proceso de profunda reformas.

Los autores son: el brasileño Gideon Rosa, que se hizo un nombre en su país como periodista de la televisión y de la prensa escrita, trabaja particularmente para «A tarde» «Jornal de Bahia» y el canal de televisión «TV Manchete». El alemán del Oeste Jürgen Engert, jefe de redacción de la emisora «Sender Freies Berlin». El austríaco Peter M. Lingens, ex jefe de redacción y ex editor y cronista de «Profil» en Viena. El francés Lionel Richard, crítico de arte y escritor en París. El húngaro József Martin, correponsal para el extranjero del diario de Budapest «Magyar Nemzet», hizo un viaje a Suiza invitado por la «Neue Zürcher Zeitung». *JM*

Suiza - Vista desde París

Los clichés tienen siete vidas, como los gatos. Los hacen perdurables diversas formas de comunicación social: las tarjetas postales, la publicidad turística, los reportajes en revistas ilustradas. De un extremo al otro del planeta, Suiza está marcada en su realidad más elemental, es decir en su existencia geográfica, por una representación perfectamente encuadrada: es un país de montañas. La evocación simbólica de Suiza se diría que es casi imposible de imaginar sin un eterno fondo de montañas. La escritora americana Gertrude Stein estaba tan persuadida de tal imagen difundida en los Estados Unidos que, al descubrir con sus propios ojos los paisajes helvéticos, se sintió decepcionada al no encontrar inmensas montañas en todas partes.

País de montañas, en consecuencia, país de deportes de invierno: Según creo, tal es la idea que se hacen de Suiza, igualmente y en primer lugar, la mayoría de los franceses. Esto implica, por supuesto, toda una serie de esquemas. Las ciudades pasan a ser consideradas como de menor importancia, el proletariado suizo como inexistente y la mentalidad de la población suiza por esencialmente campesina. ¡Pasturas y alpinismo, frondas y nieve, lácteos y chocolate! Las novelas de Ramuz (Aline, El gran miedo en la montaña, Derborence), el único escritor conocido en Francia como verdaderamente suizo, refuerza esta visión. Pero también, y más marcadamente, la prensa cotidiana: con raras excepciones no hay casi ninguna información sobre la vida en la Confederación Helvética. Aparentemente, sólo las reuniones internacionales o algún escándalo financiero acercan a Suiza al resto del mundo. En otras palabras, parece que en Suiza no pasara nada.

Sin embargo, Suiza es variada y esa variedad es mismo su carácter específico administrativa y culturalmente. El mito montañés, nacido en el siglo XIX, no es válido, como mucho, más que para una cuarta parte del país, ¿Falta de curiosidad del público francés? ¿Ausencia de interés de parte de quienes están encargados de documentarlo? Estas dos razones no pueden desecharse. El conocimiento del extranjero no es el fuerte de las preocupaciones francesas, y ello desde hace mucho tiempo. Por otra parte, la reputación de los franceses, estadísticamente verificada, es la de no viajar mucho, de ser flojos en geografía y poco familiarizados con lenguas extranjeras.

Pero más bien hay que preguntarse si, aparte de sus instalaciones turísticas y las cajas fuertes de sus bancos, Suiza tiene

Los clichés de la Suiza turística: paisajes idílicos, mundo alpestre grandioso, agricultura folklórica y ciudades plenas de encanto. El Lavaux al borde del lago Leman, región de Aletsch en el Valais, bajando de los Alpes en el Cantón de Appenzell, Basilea con la «Mittlere Brücke» sobre el Rin. (Fotos: ONST)

algo que ofrecer a las demás naciones. En efecto, hay en ella cuatro idiomas y cuatro culturas. Y, ¿que vemos? Vemos a los representantes más talentosos de las tres culturas primordiales volcarse, o mirar de reojo, hacia la República Federal de Alemania, hacia Francia o Italia respectivamente. A tal punto que la identidad suiza de muchos no es más que una coartada en los folletos de propaganda para justificar la pretendida vitalidad creadora de la Confederación Helvética.

Vistas desde Francia, las sutilezas del pluralismo cultural sustentado por el Estado suizo no son muy comprensibles. Las únicas editoriales suizas convenientemente difundidas en las librerías francesas son «Age d'Homme», «Aire» y «Zoé». Lo demás, es más o menos desconocido.

El resultado es que las gentes simples no encuentran diferencia entre los escritores suizos Jean-Luc Benoziglio, Jacques Chessex, Claude Delarue, Yves Laplace, Robert Tinguet y los escritores franceses Yves Berger, Michel Butor y Bernard Noël: sus editores son los mismos, son parisienses.

¿Es qué sería distinto para los nativos de la Suiza alemánica? Pero no, de ninguna manera: Dürrenmatt, Frisch, Hohl o Rober Walser no están traducidos del «suizo», lo están del alemán al igual que Böll o Martin Walser. ¡Imposible distinguir! ¿Y la suiza Alice Ceresa? Está traducida al italiano tal como Elsa Morante y, por añadidura, vive en Roma.

El pluralismo cultural de Suiza se manifiesta pues en el exterior como bastante artificial.

En realidad, Suiza da la impresión de no ser capaz de asumirlo. De una cultura a otra hay poca comunicación e interpretación porque las estructuras son insuficientes. Para la literatura, el lazo más eficaz es la Fundación oficial Pro Helvetia, pero no es más que un estímulo por sus subvenciones.

La lógica quisiera que un autor suizo fuera publicado simultáneamente, o casi, en las lenguas oficiales de la Confederación.

Como editor, Bertil Galland había orientado su programa en ese sentido, pero fracasó. Actualmente, escritores clásicos de la literatura suiza como Charles-Albert Cingria y Ramuz son apenas accesibles en alemán para los lectores de la Suiza alemánica y, a la inversa, lo mismo vale para Robert Walser, Ludwig Hohl y Adrien Turel, poco disponibles durante mucho tiempo en francés.

Un ejemplo de esta sorprendente separación se dió en 1986 con la Exposición de Lausana consagrada a la «Suiza de lengua francesa entre las dos guerras».

Apasionante exposición y suntuoso catálogo. Pero, ¿porqué no haber agrupado justamente el conjunto de la Confederación? Ya que lo que se reveló claramente en esta exposición es que la Suiza francesa, en todas las esferas, dejó a un lado las tendencias modernas, del cubismo y el constructivismo en pintura al surrealismo en literatura. ¿Fué igualmente el mismo camino elegido en Suiza alemánica? El asunto merece ser encarado. Tanto más cuanto que existieron puentes de Zurich y Berna a Ginebra y Lausana: el grupo Allianz contó así con «alemánicos» como Max Bill, Richard Lohse, Max von Moos, pero también Camille Graeser, ciudadano de Carouge.

En noviembre de 1968, por iniciativa de un grupo de estudiantes, tenía lugar en Friburgo un encuentro de un centenar de escritores, críticos y editores originarios de toda Suiza. En esa ocasión, Henri Giordan expresó su extrañeza en el «Journal de Genève»: Confieso haber quedado estupefacto al saber que tal crítico suizo francés de primera línea no se había encontrado jamás con tal autor suizo alemán importante, pero sobre todo que no había nunca leído sus obras».

Actualmente, esas líneas podrían sin duda ser escritas en los mismos términos.

La exposición de 1986 en Lausana da, en todo caso, esa impresión.

La revista «Passages/Passagen», publicada en francés y en alemán por la Fundación Pro Helvetia, busca manifiestamente cambiar esa imagen de una Suiza conformista y convencer a sus lectores, desde su primer número de 1985, que, por el contrario, Suiza es un país donde la cultura es dinámica, y polémica.

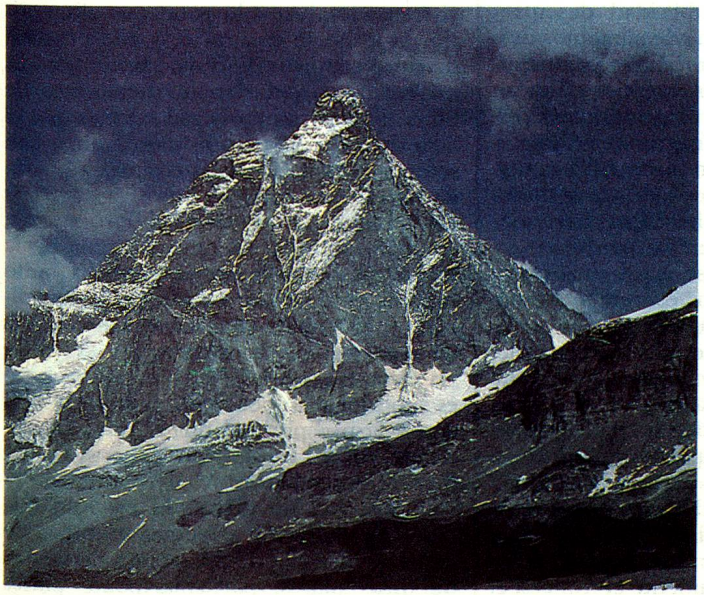
Es lo que también parece querer mostrar el nuevo Centro Cultural Suizo en París. El camino arriesga de ser largo, dado que no solamente los clichés no pueden ser erradicados de un día para el otro sino que a lo largo de los años los pocos aspectos positivos que podía presentar la imagen de Suiza en Francia se fueron deteriorando.

Suiza, tan limpia, está grandemente infestada por el SIDA, hay pues ahí una falla.

En cuanto a la democracia perfecta que generaciones de estudiantes tomaron como modelo, las transferencias de capitales y los negocios turbios a la manera del caso Chaumet le dan el aspecto de una fruta pasada.

Tantos suizos eligieron vivir en París, de Cendrars a Giacometti y Le Corbusier, que no podría ser sin una razón.

La razón todos lo dijeron: si se hubieran



El ángulo de visión es determinante, ya que todo puede ser mirado por lo menos de dos lados... El Cervin visto desde Italia (izquierda) y desde Suiza. (Fotos: Rolf A. Stähli).

quedado en Suiza se hubieran visto paralizados en su impulso creador.
Por supuesto, no todos los artistas dejaron Suiza. Pero los suizos emigrados dan más fuerza a una imagen que sintetiza en ella misma todas las otras y toda Suiza: la imagen de un país castrador. Es así como Claude Delarue no dudó en escribir en el «Journal de Geneve», en 1983, que Suiza le daba miedo, un «miedo metafísico» y que el orden aparente que reina sobre lo quimérico de ese país había engendrado en su subconsciente «un terror sordo, un malestar, una pesadez casi insoportables».

Lionel Richard, París

Impresiones sobre un país rico

Para mí, Zurich es en verdad la ciudad más hermosa de Europa. Me gustan esas parejas jóvenes bien vestidas –que uno se encuentra cuando hace buen tiempo en el paseo al borde del lago– y que deambulan aparentemente sin preocupaciones. Me gusta también el aspecto de la metrópoli económica, mismo si quienes viven allí se quejan del excesivo tráfico en el centro de la ciudad. Finalmente aprecio mucho el poder regresar sin riesgos a las dos de la mañana después de haber pasado la velada en casa de amigos. Quien haya tratado de hacer lo mismo en Río sabe de qué estoy hablando. En comparación con Londres, París o Roma, las ciudades suizas parecen particularmente apacibles y no solamente a causa de su limpieza casi legendaria. Lo que es natural para muchas de las gentes del país –por ejemplo el agua limpia que brota de las numerosas fuentes– para mí, que vivo en el tercer mundo, es un descubrimiento.

La puntualidad de los trenes suizos: un fenómeno asombroso para muchos extranjeros. (Foto: Keystone)

Cuando uno pasea por calles de ciudades suizas, es raro encontrar gentes con expresión dichosa. A menudo, la mayoría de los semblantes traicionan un dejo de tristeza y soledad. En este país opulento no son solamente las personas de edad quienes parecen sufrir de soledad, sino también los jóvenes. Mismo en periódicos conceptuados serios, se encuentran columnas enteras de pequeños anuncios que nos sorprenden a nosotros, los brasileños: anuncios de personas que buscan establecer contactos con la mujer o el hombre de sus vidas. En la mayoría de los quioscos se encuentran revistas eróticas o pornográficas que, cosa sorprendente, no parecen incomodar ni a quienes pasan ni a quienes las hojean.
En Suiza se tiene una predilección manifiesta por los perros y los gatos, si es posible de pura raza.
El lujo con que se rodea a esos animales privilegiados choca profundamente a cualquier persona que venga del tercer mundo. Los supermercados del país rebosan de alimentos para animales. En la televisión se hace publicidad desenfrenada para toda la gama de alimentos destinados a animales domésticos: perros superinteligentes y gatos asépticos indican gallardamente su marca preferida. El escándalo es todavía más grande en las calles y las plazas: llevando un collarcito y, en invierno, mismo ropa de abrigo, esos pequeños protegidos hacen sus necesidades en las veredas y en los parques.
De tanto en tanto, se hace una breve pausa para recoger los excrementos malolientes de esos animalitos.
Por la mañana, al mediodía y a la noche, una muchedumbre de propietarios de perros, bien equipada, sale de sus casas para seguir los pasos de sus cuadrúpedos. Parecería que los pequeños ni ladran ni muerden.
Los suizos saben idiomas asombrosamente bien. Casi todo el mundo habla inglés, además, no son raras las personas que dominan perfectamente el francés, el italiano y el español. Conviene destacar especialmente los diversos dialectos cantonales así como el romanche que lucha por su supervivencia frente al dialecto suizo-alemán.
Mientras que en la Suiza francesa y en la Suiza italiana, la lengua hablada y la lengua escrita son prácticamente idénticas, la Suiza alemánica soporta el hecho que su lengua corriente no puede ser ni escrita ni impresa. Los diarios se publican en buen alemán, lo que no quiere decir que los alemanes se entiendan particularmente bien con los suizos alemánicos y viceversa.
Cuando es necesario, los suizos alemanes se esfuerzan para hablar el buen alemán con sus vecinos germanos, sin dejar a veces vislumbrar cierto desdén por ese idioma. En efecto, mientras que el suizo alemánico comprende sin problemas el alemán, éste no sabe que hacer frente a los diversos dialectos helvéticos...
Si bien los alemanes miran aún, tal vez con cierta envidia, la tasa del franco, para nosotros, los brasileños, el poder adquisitivo de la moneda suiza es casi increíble, mismo en su propio país. Poco después de mi llegada a Zurich constaté que los suizos pueden llenar el tanque de su automóvil con el contravalor de tres horas de trabajo como máximo. Al advertir esto, un brasileño fanático del automóvil no sale de su asombro.
En efecto, para darse el lujo de llenar el tanque, debe pagar más de la mitad del salario mínimo fijado por el Estado, que se eleva a alrededor de 65 francos.
Y cuando uno piensa que en el Brasil una persona de clase media gana (si tiene mucha suerte) dos o tres veces el salario mínimo se deduce evidentemente que los suizos se encuentran en mucho mejor situación. Además, los brasileños deben acomodarse a una tasa de inflación exorbitante. En el curso de los seis meses que viví en Suiza un solo producto alimenticio, la leche, se encareció, y ello en total de cinco centavos de franco por litro: «Es un escándalo», decían los habitantes de Suiza. Si vivieran en Brasil sabrían que el litro de leche pagado hoy un franco con setenta y cinco centavos costaría ya a fin de mes dos francos.
Da la impresión que el dinero es tan abundante en Suiza como la arena en la playa. Nadie sabe exactamente cuanto hay. Es verdad que los suizos tienen dinero, pero no lo muestran. La mayoría de la gente cree inocentemente –y yo diría también que en eso la perspicacia no es superior a la mediana– que la estabilidad y la prosperidad que conoce actualmente Suiza son el fruto del trabajo arduo de la población.
Esta mayoría no piensa ni un solo instante en la profusa afluencia en Suiza de miles de millones de dólares provenientes de otros países, particularmente países del tercer mundo. Aparte de esto, la chispa del antagonismo salta de tanto en

tanto entre los estudiantes y los jóvenes que protestan contra una política de protección del medio ambiente que juzgan insuficiente o contra una política de asilo demasiado rigurosa que llega tan lejos que personas que vivieron en Suiza durante casi dos decenios son obligadas a volver a su país.

Para manifestar su descontento, algunos jóvenes quemaron recientemente sus pasaportes en público.

Si tal acción puede parecer a primera vista valiente, no tiene en suma más que un carácter simbólico ya que el día que esos manifestantes quieren salir de viaje solicitan simplemente un nuevo pasaporte, sin temor a la más mínima represalia.

Mismo si la inmensa mayoría de los suizos no tiene preocupaciones monetarias y beneficia de un nivel de vida elevado, no parecen particularmente contentos de su suerte. Hay que comprenderlos.

Durante largos meses llueve, el cielo está cubierto, luego viene el invierno con su frío y su nieve. Es en ese momento que los suizos empiezan a soñar con los trópicos.

Se ponen melancólicos y se refugian en sus oficinas durante ese período tedioso.

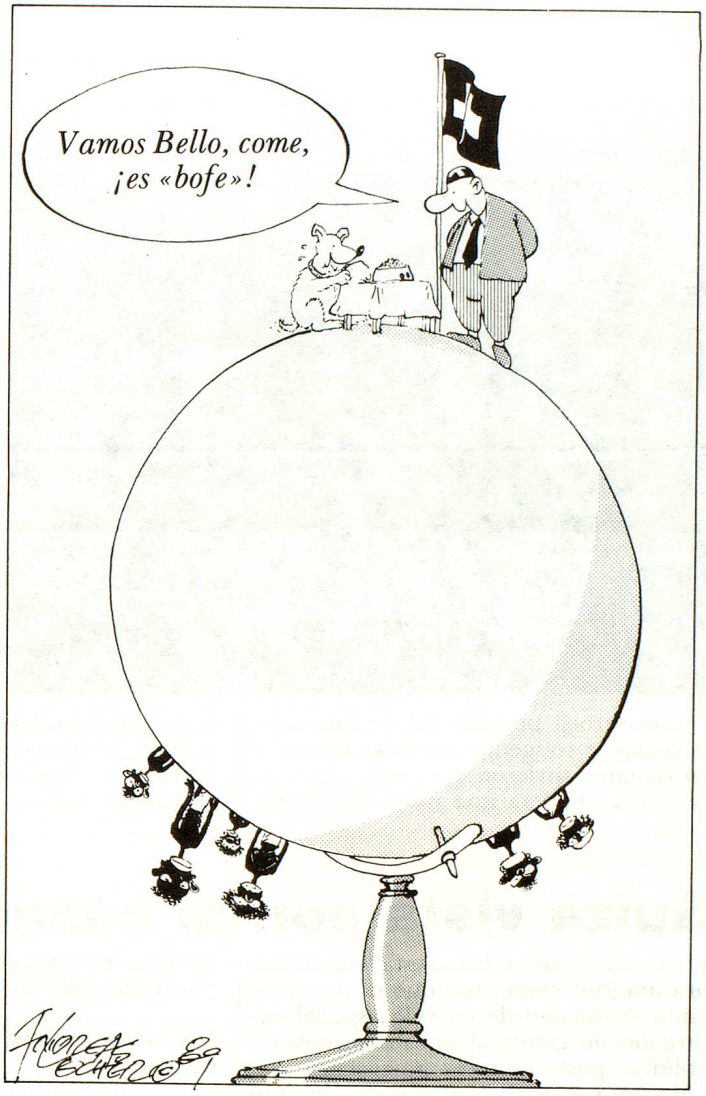
Se sumergen en su trabajo con un impulso increíble. Pero, observando más de cerca, se constata que ese impulso no es otra cosa que la expresión de la tensión que ellos mismos eligieron imponerse. En otras palabras: como muchos suizos no tienen problemas esenciales, ellos mismos se crean su propio desafío en el trabajo cotidiano.

Esto es fácil de constatar en los numerosos comercios en los que, aunque a menudo están vacíos, los vendedores adoptan un aire tenso como si el período agotante de las ventas de Navidad hubiera ya empezado.

El que quiere eludir ese clima parte de viaje. En particular los jóvenes aprecian el poder trabajar algunos meses por año y ahorrar para luego tomar nuevamente el avión, preferentemente hacia los países del tercer mundo en los que viven durante algún tiempo como reyes, para volver a Suiza –que es un país seguro y tranquilo– donde se declaran desazonados por la probreza que encontraron.

La mayoría de ellos no se sienten responsables de la pobreza de esos países exóticos sino que, a su juicio, son más bien los habitantes del tercer mundo quienes, primeramente son demasiado perezosos para trabajar, en segundo lugar tienen demasiados hijos y, sobre todo, prefieren interminables fiestas a una vida con todos su días bien reglamentados y ordenados...

Quienes crean que esos jóvenes apasionados por los viajes ganan dinero haciendo trabajos humildes se equivocan.



En efecto, los trabajos sucios tales como la recolección de residuos y el fregado de la vajilla se dejan para los extranjeros.

Durante los años de la alta coyuntura, los suizos hicieron venir a su país primero a italianos seguidos de españoles.

Hoy día son los portugueses quienes gozan del favor creciente. «La mano de obra portuguesa vale lo que cuesta», me dijeron, «no protestan nunca». Para nosotros, los brasileños, es simplemente chocante encontrarnos en Suiza frente a nuestros ex tiranos.

¿En qué se han pues convertido los colonizadores de antaño, los dominadores de los mares y del Brasil? Seleccionados en su propio país por representantes de Suiza, se contratan por nueve meses en calidad de obreros temporarios en Suiza (la venganza de los dioses brasileños es cruel).

Ya sea para mantener rutas, pavimentar caminos limpiar mesas en los restaurantes, trabajadores aplicados como son los portugueses son apreciados por todos. Un detalle satírico de esta forma moderna de esclavitud: los trabajadores extranjeros están siempre bajo el control de un jefe suizo.

Lo que funciona admirablemente bien en Suiza son los transportes públicos. Los trenes suburbanos así como los tranvías circulan con una puntualidad asombrosa. Si la hora de la partida de un tren está fijada para las siete y tres minutos, partirá efectivamente a las siete y tres minutos.

Y que decir de los tranvías que, con cadencia de remeros, transportan todos los días, cada cinco a doce minutos, decenas de miles de pasajeros a través de la ciudad. Y a pesar de eso, ya se elevan voces pidiendo más cantidad de vehículos, que los intervalos entre cada tranvía sean acortados y que haya más asientos.

Cuando por casualidad, un tranvía no llega justo a horario, todos miran sus relojes con gesto nervioso.

Para el brasileño Gideon Rosa, es la ciudad más hermosa de Europa: Zurich. (Foto: Swissair)

La proverbial puntualidad de los suizos permanece congénita en ellos, mismo si entrentanto tuvieron que ceder a la competencia japonesa una parte importante de su imperio relojero. La prensa helvética hace frecuentemente «el elogio» del Brasil. Sus temas preferidos son la incapacidad de nuestras autoridades administrativas, la miseria de las favelas y el carnaval.

En la conciencia de mucha gente, el Brasil es un país lejano en el cual innumerables hermosas descendientes y espléndidos descendientes de esclavos africanos no hacen otra cosa que dedicarse a lo largo del día a ritos exóticos de la macumba.

Es por lo menos así que todas las televisiones y radios del mundo describen en sus reportajes ese país tropical que no sería para ellos más que una vulgar república bananera.

Al igual que a menudo se da en Suiza una imagen falsa del Brasil (sexo, sol y playas al borde del mar), muchos brasileños creen que la vida en Suiza no es más que un juego placentero.

Aprovecho para poner en guardia a todos los que se imaginan que ese pedazo de tierra de 42.000 kilómetros cuadrados –que los clichés describen como el país del queso, del chocolate y de los bancos– es simplemente el paraíso. Existe, en efecto, enclavado entre Austria y Suiza, un país todavía mucho más pequeño que se llama el Liechtenstein.

Parece que en ese Principado no se pagan impuestos.

Gideon Rosa, Salvador de Bahía

Suiza vista por un húngaro

El visitante que no había estado en Ginebra anteriormente más que de tanto en tanto en calidad de enviado especial encargado de cubrir algun acontecimiento político, pudo esta vez darse cuenta, a cada paso, que en este país que, mismo comparándolo con Hungría, es pequeño –la superficie de Suiza representa aproximadamente la mitad de la de Hungría– los ciudadanos se sienten comódos y se comportan como propietarios. Ahora bien, el hecho que el sistema político llamado «socialismo» redujo o mismo destruyó el sentido de la propiedad y que en el curso de estas decenias las fortunas pequeñas o grandes fueron aniquiladas, constituye precisamente una de las mayores preocupaciones de los gobiernos de los países del Este. El visitante que llega de Hungría se pregunta sobre que base se fundan los sentimientos que permiten a los suizos sentirse tan completamente en casa en un país en el cual casi nada se parece y donde hay diferentes lenguas y religiones.

Para una persona originaria de un país del Este, es también una experiencia única ver varios idiomas coexistir pacíficamente, ya que sabe bien que en su propio país la discriminación lingüística y étnica, las formas de opresión moderadas o brutales y el genocidio encubierto o declarado, corresponden a una vieja tradición y aún hoy día existen.

Los suizos son mejores que su reputación

En la óptica de una persona originaria de un país del Este, afirmaciones tales como «El racismo en lo cotidiano», que pueden leerse en los titulares de algunos diarios regionales suizos, parecen muy exageradas.

En Hungría hay actualmente unos 20.000 refugiados de Transilvania, la mayoría húngaros, y a veces uno se pregunta con angustia: ¿que pasaría si una masa importante de refugiados franqueara la frontera? Hay que decir que esta pregunta está relacionada con la crisis económica que atraviesa nuestro país.

Al examinar las estadísticas suizas me pregunté, sin embargo, que ocurriría en otros países si un sexto de la población fuera extranjera.

Esta diversidad que se encuentra en Suiza es también notable, tal como la paz que reina entre las diversas regiones del país, pero, sé muy bien que este hecho está ligado a su situación económica.

Suiza es uno de los países más ricos del mundo, con 25.000.- dólares, el producto nacional bruto es más o menos diez veces más elevado que en Hungría.

Al reparar en la tolerancia lengüística y la disponibilidad para recibir extranjeros, no pensaba en las condiciones materiales, me preguntaba ante todo si la realidad no vale más que la opinión que los suizos tienen de ellos mismos y si la idea según la cual «los suizos desconfían de los extranjeros» no es un puro invento.

La democracia directa

La mentalidad que reina en los países del Este está muy lejos del factor principal de la unidad de Suiza, que es la democracia directa, con su sistema genial de autonomía local.

Unicamente por la salvaguardia democrática de los intereses locales en la vida cotidiana es que puede explicarse que los suizos franceses y los suizos italianos no aspiren a aproximarse a Francia y a Italia, al igual que los suizos alemanes tampoco a otros países germánofonos.

No es solamente de ayer que los pensadores políticos húngaros descubrieron lo que hace la fuerza del federalismo suizo. Cuando se disolvió la monarquía austrohungara, Oskár Jászu, uno de los mejores conocedores del tema de las nacionalidades, retomó el proyecto de una Confederación del Danubio preparado en el siglo XIX por Lajos Kossuth y lanzó la idea –excelente pero jamás llevada a

cabo– de una Suiza en la parte oriental de Europa Central.
Esto es lo que escribió: «La historia de todos los Estados federativos fundados sobre bases sólidas e impregnados de un verdadero espíritu democrático muestra que tal estructura tiene un gran poder de atracción sobre los Estados vecinos». La miseria que reina en los pequeños países de la Europa del Este (es la expresión utilizada por otro gran pensador húngaro, István Bibó) impidió que la confrontación de las nacionalidades fuera reemplazada por un sistema político federativo.
Las razones son múltiples y, en la situación actual, solamente en un futuro muy lejanc Suiza podrá servir de modelo a la parte oriental de la Europa Central.
En cambio, el sistema democrático suizo tal como es aplicado todos los días puede proporcionar a Hungría enseñanzas de gran utilidad. Desde hace meses, la sociedad húngara trata de elevarse al nivel de los estados de derecho europeos e introducir el pluripartidismo.
Al respecto, hay conversaciones en curso sobre la elaboración de un nueva constitución y sobre la institucionalización de votaciones populares.
Por tal motivo se comprenderá que nosotros, los que visitamos Suiza, estamos fascinados por la autonomía de los cantones y por las reglas complejas de las votaciones populares.
Escuché complacido a varios interlocutores declararme que la iniciativa y el referendum constituyen un excelente medio para controlar al ejecutivo y que, mismo el legislativo, debe contar con la posibilidad de una votación popular, especie de espada de Damocles pendiente sobre su cabeza. Según ellos, por una parte limita el poder y, por la otra, permite repensar en todo momento los problemas, lo que evita que se adopten soluciones extremas. Esto hace que la política interior de Suiza pueda parecer un poco tediosa a un observador del exterior.

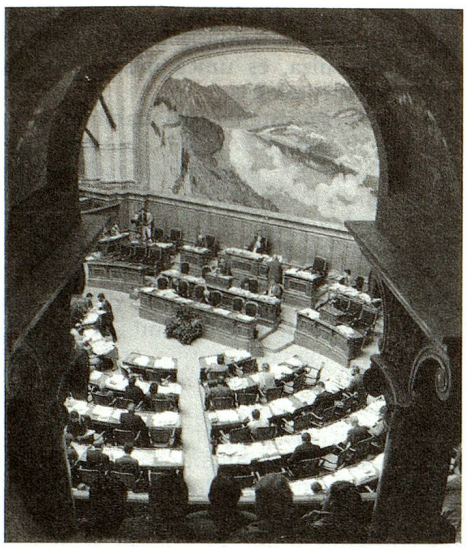
Representación de intereses

Al este del Elba, la democracia en la vida cotidiana podría bien tratarse del producto de importación más solicitado.
Dos votaciones populares en Suiza me parecen confirmar esta hipótesis. En efecto, se conocen las circunstancias y los argumentos que condujeron al rechazo de la adhesión de Suiza a la ONU.
Para corregir un poco el efecto de esta decisión, la opulenta Suiza empezó estos últimos tiempos a comprometerse más con el extranjero, ya sea a título de mediadora o por tareas de control, por ejemplo en Namibia.
El observador extranjero tiene la impresión que la gente desea cada vez más –por motivos de orden moral– que Suiza desarrolle aún más sus buenos oficios que, por otra parte, siempre ofreció.
Con las dificultades económicas a las que debe enfrentarse, Hungría no está actualmente en condiciones de tomar a su cargo buenos oficios. No obstante, una política que razonara también en términos de moral podría revelarse muy útil en oportunidad de los cambios en curso en Budapest. Otra votación popular rica en enseñanzas en la relativa a la iniciativa «Por una Suiza sin ejército», que tendrá lugar en el otoño de 1989.
Prácticamente todos mis interlocutores dan por seguro que el pueblo rechazará la idea de un país sin ejército.
Es verdad que la importancia de la cantidad de votos aprobatorios podría verse influenciada –así me han dicho– tanto por la causa de los objetores de conciencia como por el deseo de algunos medios de la izquierda y de pacifistas de ver disminuir los gastos militares.
Esta forma de tratar los asuntos extremadamente complejos muestra al europeo del Este que la democracia directa puede contribuir eficazmente a hacer valer públicamente intereses divergentes.

La Europa de las regiones

Ya que se trata de las divergencias que uno encuentra en Europa, se podría agregar que la autonomía local, tal como existe en Suiza, es única mismo en los países occidentales.
Gracias a ese sistema, los habitantes se consideran –como pude constarlo en muchos lugares– primero ciudadanos de su comuna, luego del cantón y después de la Confederación.
Esta forma de autonomía administrativa no crea solamente la posibilidad de contactos estrechos entre el ciudadano y las autoridades, sino que es también un factor de estabilidad, lo que resulta altamente instructivo en la óptica de un europeo del Este.
Es pues normal que una democracia que reposa sobre fundamentos tan amplios goce de la confianza de los proveedores de fondos.
En Hungría, la apertura hacia la democracia reforzará muy probablemente la confianza del mundo financiero internacional, que hasta ahora faltaba por razones comprensibles.
Para ilustrar esta afirmación, recordaré que en el curso de los últimos 17 años fueron invertidos en Hungría capitales extranjeros por un monto de 300 millones de francos mientras que solamente el año pasado se invirtieron 800 millones en Turquía y 1,4 mil millones en Grecia.
Indirectamente, el sistema democrático demuestra ser también igualmente una especie de inversión.
En otra escala, la autonomía abre otros caminos, que no son mas una particularidad suiza.
Hablo de los contactos de los cantones con el extranjero. En oportunidad de las conversaciones que mantuve en Suiza, se trató por ejemplo de la cooperación científica en el campo de la protección del medio ambiente entre Basilea, Alsacia y el Bade-Wurtemberg.
En Hungría, es precisamene este tipo de cooperación transfronteriza entre los países del Este que tiene grandes dificultades para funcionar, mismo siendo muy necesario.
Así es que, partiendo del sentido de la propiedad, llegamos a la cooperación regional y a Europa, pasando por el sistema de la consulta popular y la autonomía cantonal.
Los mecanismos suizos dan, en cierta forma al observador proveniente de un país del Este, una brújula cuyas agujas van, en el interior del país hacia pequeñas colectividades que se organizan libremente, y, más allá de las fronteras, en dirección de una Europa que está buscando abolir los bloques y en cuyo seno las regiones dotadas de amplia autonomía puedan cooperar entre ellas.
Suiza queda afuera de la CE pero establece estrechos contactos con los Doce en la esfera económica, lo que es particularmente interesante en la óptica húngara:

Decenas de votaciones comunales, cantonales y federales por año: la democracia en la vida de todos los días. (foto: Keystone)



La política interior Suiza: a veces un poco tediosa a los ojos de un húngaro, raramente dado a elegir soluciones extremas. (Sala del Consejo Nacional. Foto Keystone)

por razones políticas se puede rechazar la adhesión a la CE, sin impedir por ello una colaboración en el plano económico. Esto, sin embargo, es solamente posible cuando se trata de una potencia económica tal como Suiza. Pero, mismo si se hace sólo en forma restringida y teniendo en cuenta la situación de Hungría, la transposición de las cualidades suizas puede ayudar a Hungría en sus esfuerzos tendientes a convertirse en un país verdaderamente europeo, dentro del espíritu de tradiciones seculares democráticas y cristianas.

József Martin, Budapest

Fuentes

– Lionel Richard «Suiza - Vista desde París» Anuario 1987 de la NSH: Suiza y el mundo, Editado por Jürg Altwegg. Ediciones Sauerländer, Aarau.

– Gideon Rosa. «Impresiones sobre un país rico» Tages-Anzeiger del 30 de julio de 1988 (traducción del texto brasileño al alemán para el «Tages-Anzeiger»: Mark D. Herzka.

– József Martin. «Suiza vista por un húngaro

– Jürgen Engert. «No hay tratamiento preferencial para Suiza»
Politik und Wirtschaft, Nº 9/1989.

– Peter M. Lingens. «No es sensatez sino pusilanimidad
Politik und Wirtschaft, Nº 9/1989.
«Neue Zürcher Zeitung» del 20 de julio de 1989.

Algunos artículos debieron ser ligeramente abreviados; una parte de los títulos corresponde a la redacción de Panorama Suizo.

Agradecemos muy sinceramente a los autores y a los editores por el derecho de reproducción.

No es sensatez, sino pusilanimidad

Al renunciar a convertirse en miembro de la CE, Suiza malogra la posibilidad que tendría de participar en la construcción de la Europa del futuro, y esto puede serle perjudicial ya que Suiza, mismo si estuviera simplemente asociada a la CE, no podría eludir los efectos de la política europea. Pero sobre todo para Europa es lamentable que Suiza se mantenga apartada porque sus principios republicanos, su liberalismo y su pluralismo linguïstico y religioso podrían servir de modelo a la Comunidad. Suiza, al igual que Austria, se encuentra geográficamente en el corazón de ese Continente y estaba predestinada a convertirse en el centro de esta nueva Europa en vez de figurar en el mapa como una mancha blanca.

Pero, tal como los suecos y los austríacos, los suizos consideran, aparentemente, que su neutralidad es un bien irremplazable, al cual sacrifican la unidad europea. Personalmente, yo no comparto esa visión de las cosas. Por principio, querer mantenerse apartado de todo conflicto es, a mis ojos, un signo de pequeñez y no de cordura. Y el único argumento invocado para justificar esa actitud mezquina –el hecho de creerse a salvo de conflictos armados– no es plausible ya que como todos sabemos, Bélgica, país neutral, fue invadida sin problemas por las tropas hitlerianas.

Si Suiza quedó a salvo lo debe únicamente –como se desprende de los sumarios del alto comando alemán– a su poder militar y de ninguna manera a su neutralidad.

La Europa unida del mañana, es mucho más que la suma de ventajas que puede ofrecer en la esfera económica y en la de la seguridad: es la visión de una Europa en la cual el nacionalismo estaría definitivamente desterrado (de un porvenir en el que cada uno estará orgulloso de ser Europeo, ya sea de origen suizo, alemán o francés), la visión de una unidad cultural nacida de la diversidad, la visión de la libertad individual y física, la visión de un renacimiento de «Occidente» como potencia mundial tanto en las esferas económica y militar como en las de la cultura y la sociedad.

Me parece que se debería, mismo y sobre todo en Suiza, sacrificar el cantonalismo existente en ese país al sueño de una Europa unida, que es tan vasta como el arte barroco y el espíritu del Siglo de las Luces.

Peter M. Lingens, Viena

No hay tratamiento preferencial para Suiza

Yo no soy suizo, soy alemán y, como tal, diría modificando un poco una frase de Karl Kraus: «La historia no es ya más lo que era».

En otras palabras, quien la considere como un valor intalterable y que desconozca que su esencia es evolucionar, no podrá comprender el acontecimiento histórico que constituye la creación en Europa de un mercado común interior, con todas las consecuencias políticas que implica.

Se ha puesto en marcha una dinámica, generada por una idea muy antigua, renovada sin cesar y que hoy día se ha convertido en un gran designio. Como pequeño país, Suiza se verá demasiado afectada para poder pretender representar un rol especial.

Enfrentada al dilema: convertirse en miembro pleno de la CE o aislarse de ésta, trata de hacer de necesidad virtud. Quisiera mantener su «capacidad de integración en Europa», lo que se parece un poco a un certificado de capacidad de procreación. Yo podría, si quisiera, pero no quiero. O todavía no. Y, por lo tanto, los objetivos políticos y económicos de Suiza y los de la CE son casi los mismos.

¿Es qué los suizos serán un día europeos de segunda categoría?

¿No tendrán más necesidad de preocuparse por la «superpoblación extranjera porque de todos modos ya nadie tratará de obtener su pasaporte?

Como yo soy alemán y no suizo, desearía que el carácter suizo de la democracia marque la decoración interior de la casa europea.

Queridos suizos, hagan buen uso de sus propios medios. No cuenten con un trato preferencial. Pero, mi ruego será sin duda en vano. Entre nosotros, hay mismo muchos que desearían que Alemania se encontrara con sus fronteras de 1937.

¿Izar la bandera europea en el San Gotardo?

También en el Liechtenstein. Sería maravilloso. No hay duda. Solamente que no responde a las necesidades de los suizos.

Jürgen Engert, Berlín Oeste